



"Valores Femeninos y Progreso Social"

Sábado 29 de mayo de 2010

Lo femenino como valor María-Milagros Rivera Garretas

Los valores femeninos no existen –pienso– en cuanto tales, sino como sombras encarnadas, o sea, como muestras históricas preciosas de que lo femenino es considerado un valor en lenguas, tiempos y lugares concretos. Hoy, por ejemplo, en nuestra cultura occidental, lo femenino no es considerado un valor. Lo cual es lo mismo que decir que el ser libremente mujer no es considerado un valor. Es considerado un valor que las mujeres nos volvamos lo más iguales posible a los hombres. Cuando de un sexo se espera que se iguale al otro sexo, es porque ese sexo se ha vaciado de sentido, ha perdido su valor propio y libre, un valor que se da siempre en la historia, sin determinismo alguno.

Al mismo tiempo, en la actualidad y en nuestra cultura, se oye decir cada vez con más frecuencia que nos hacen falta valores femeninos. Lo decimos a tientas, sin saber seguro de qué se trata. Hemos aprendido, por ejemplo, a dejar de criticar y, también, a respetar el velo de las mujeres islámicas, porque hemos percibido que algo tiene que ver con un sentido también libre, es decir, no o no solo patriarcal, de lo femenino entre esas mujeres, y este paso político nos ha indicado que si no veíamos valores femeninos en mujeres de otra cultura, era probablemente porque tampoco los veíamos o, quizá, ni los teníamos ya, en la nuestra.

Lo femenino es lo que cada mujer diga libremente que desea y que es. En nuestro tipo de sociedad, esto de decir las mujeres libremente lo que somos, es fácil entre nosotras, porque tenemos mucha historia de feminismo y porque a las mujeres nos gusta mucho hablar, siendo como somos las depositarias de la lengua que llamamos precisamente materna. Es, en cambio, muy difícil que lo femenino se convierta en un valor, es decir, sea considerado comúnmente en nuestro mundo como algo bueno, bello y político por sí mismo, intrínsecamente: como algo a disfrutar que vincula y que alimenta la amistad política. En realidad, ni el valor de lo femenino ni lo femenino como valor entran para nada en nuestro debate político corriente, a pesar de que en los lugares donde se debate hoy políticamente haya muchas mujeres, sean esos lugares la literatura, los parlamentos, el arte, la universidad, el deporte o los medios de comunicación de masas. Ni siquiera cuando se discute el aborto se habla ya de femenino ni apenas de mujeres, sino de un hecho aislado y separado del cuerpo de mujer, presentándolo como algo que lucha incluso por tener, ridículamente, personalidad jurídica propia.

A este estado de cosas ha contribuido mucho una contradicción inherente al capitalismo. La contradicción consiste en que el sentido capitalista del progreso encuentra un obstáculo insalvable en el cuerpo de mujer. Lo encuentra por la capacidad de ser dos con que es dado a luz el cuerpo femenino, una capacidad que se realiza visiblemente en la maternidad, pero no solo en la maternidad, ya que acompaña a cada mujer que elija serlo durante su vida entera, y hay bastantes mujeres que no desean tener ni hijos ni hijas.

La capacidad de ser dos que el cuerpo femenino señala, enseña la alteridad, la existencia de lo otro, la apertura hacia eso otro, el diálogo e, incluso, la amistad con

ello. La amistad con ese otro o eso otro (pues la alteridad está ya dentro de mí) que, según decía María Zambrano, “sume a los hombres en el espanto”.

La contradicción entre el sentido capitalista del progreso y el cuerpo femenino la vivimos hoy las mujeres de modo especialmente sangrante en el mercado del trabajo, que es una manera de llamar al trabajo pagado. Somos preferidas por la empresa a causa de los talentos relacionales que tenemos, talentos relacionales que derivan de la apertura del cuerpo femenino a lo otro, pero no resultamos rentables si nos abrimos libremente a lo otro. La maternidad, por ejemplo, estorba a la empresa: estorba a la medida del progreso que es considerada hoy la empresa capitalista, como en su día, en la Europa moderna, las brujas, por su amor al orden simbólico de la madre, estorbaron a la república, estorbaron a la cosa pública; a su vez, los valores aprendidos de la madre o aprendidos con la maternidad, benefician a la empresa, que desea ponerlos a su servicio. Hay hoy en la vida de muchas mujeres un sufrimiento que procede de la situación de doble tirón a la que nos somete nuestro modelo avanzado de sociedad; un sufrimiento ante el que ha fracasado también ruidosamente la llamada conciliación entre la vida familiar y laboral. La idea de conciliación entre la vida familiar y laboral ha fracasado porque no es posible conciliar dos obligaciones contradictorias: dos obligaciones contradictorias estarán siempre en contradicción, si no se cambia algo previo a ellas, eso previo que origina la contradicción, y que en el caso de la conciliación familia-trabajo, aparte de ser una idea bastante carca, es la negativa del capitalismo a transformar la organización del trabajo, una organización que está hecha a la medida del cuerpo del hombre, no del cuerpo de mujer.

Pero, la medida del progreso ¿la da realmente hoy la empresa capitalista o la dan, más bien, la madre, cada madre concreta y personal, y la lengua que ella enseña? ¿Qué nos dice, sobre esto, nuestra historia? Lia Cigarini se preguntaba hace ya unos años en un encuentro en la Fundación Entredós de Madrid si la entrada masiva de las mujeres en el mercado del trabajo estará echando a perder la obra femenina de la civilización, esa obra que hacía las casas habitables y agradables. Como muchas sabemos, Lia Cigarini lleva una vida indagando en el sentido del trabajo, e indagándolo desde la diferencia de ser mujer, que es una manera de llamar al sentido libre del ser mujer.